Amalia: Melodrama y Dependencia*

Hernán Vidal, *University of Minnesota*

El contexto socio-económico del que surge la novela de José Mármol es el de las luchas intraburguesas bonaerenses por la forma en que asumirían su alianza dependentista con el capital comercial inglés, principal socio de exportación-importación de carnes saladas, cueros y mercancías manufacturadas. Como se sabe, dos son los intereses conflictivos fundamentalmente visibles en el curso de la narración, intereses históricos a la vez convergentes y divergentes: la burguesía comercial del puerta de Buenos Aires y la burguesía estanciera-saladerista de la provincia de Buenos Aires. Milcíades Peña ha caracterizado esta lucha diciendo:

> En mantener ese inmutable orden del Universo que otorgaba a Buenos Aires el monopolio de la aduana coincidían la burguesía comercial y los estancieros. Pero aquella pretendía unificar a todo trapo el país para ensanchar así el mercado interno con el cual ella lucraría colocando las mercaderías que importaba de Europa, sin preocuparse demasiado de la suerte de los ganaderos bonaerenses. Los estancieros, en cambio, no tenían interés en arriesgar un solo centavo de sus ganancias en pro de la unificación nacional. Del resto del país sólo querían tranquilidad, y que no perturbara la ampliación de sus empresas terratenientes sobre las vastas extensiones desiertas de la provincia de Buenos Aires.[1]

El proyecto político de la burguesía comercial implicaba nacionalizar las aduanas y orientar sus recaudos hacia la unificación del país dirigida desde la ciudad de Buenos Aires. A su vez esto significaba la pérdida de ingresos por el gobierno provincial, junto con la imposición de nuevos impuestos y el alza de los existentes, medida duramente combatida por los

*Paper presented at a conference on Ideology and Literature sponsored by the Department of Spanish and Portuguese, University of Minnesota; the Joint Committee on Latin American Studies (Social Science Research Council) and the American Council of Learned Societies. February, 1976.

ganaderos. Como federales estos cuidaban de la autonomía provincial para mantener el control de la aduana en contra de los intereses proteccionistas de las provincias del interior, dominándolas. En su juego político Rosas, caudillo federal bonaerense, tan enemigo del interior como de los unitarios, usó de la hostilidad del federalismo provincial para destruir el poder de la burguesía comercial.

Dentro de este contexto *Amalia* emerge como instrumento de lucha, ataque e invectiva política favorable a la burguesía comercial bonaerense. Pero aunque existe un consenso unánime en la crítica literaria para señalar este hecho, la novela de Mármol también suscita una ambigüedad al respecto. Junto con los juicios sobre su propósito tendencioso se dan otros que sugieren o subrayan un ingenuo "realismo" documental en cuanto a los episodios históricos narrados. [2] A pesar del reconocimiento de la diatriba hay un deslizamiento gradual que otorga a la narración una "objetividad" que no posee. Ejemplo: "Para el estudioso, las implicaciones de la obra con respecto a las relaciones entre Rosas y la Iglesia, y otros aspectos históricos, añaden interés a la descripción dramática, la documentación política de la tiranía, y su costo en cuanto a degradación, terror, suciedad, miseria y deshumanización." [3] Caso extremo es la afirmación de que el "valor de la novela es histórico y sociológico. Quien desee conocer a fondo la época de Rosas no encontrará mejor auxiliar. En ella lo esencial no es la calidad artística, sino su valor de retrato fiel de una época." [4] Mármol parece corroborar esta impresión con el uso de una convención narrativa omnisciente que busca validar sus afirmaciones con una enorme acumulación de documentos, consignas, debates y menciones de incidentes, lugares y personajes reales de la época para integrarlos al mundo ficticio de la narración. Durante el relato Mármol hace referencia a su oscilación entre el papel de historiador que da una fidedigna representación de Buenos Aires en un momento crítico para la dictadura de Juan Manuel Rosas y "la pluma del romancista." [5]

La ambigüedad crítica que indicamos tiene origen en el predominio casi absoluto de la perspectiva pro-liberal con que se ha estudiado la novela hasta el presente, actitud que no critica sino reitera las suposiciones ideológicas de José Mármol. Sin embargo, como tal "historiador y romancista" el autor no deja dudas sobre su postura política. Publicada en 1844 de manera serial e incompleta en *La Semana*, revista periódica editada por Mármol durante su exilio en Montevideo, y en versión definitiva y completa en 1855, *Amalia* refleja el cúmulo de actitudes ideológicas ocasionado por las alternativas inmediatas de las luchas liberales antirrosistas de fines de la década de 1830 hasta la caída del dictador en 1852. Más aún, dado el año de la versión definitiva de la obra, 1855, sugerimos que por sobre la inmediatez de la experiencia vivida bajo Rosas prima el esfuerzo por reivindicar la causa unitaria dañada en la estimación popular nacionalista por la cooperacion de unitarios y románticos con los franceses en su intervención en el Río de la Plata. La

novela fue estructurada definitivamente desde una ubicación temporal en que ya se había consolidado una oligarquía estanciera-comercial que no sólo se había deshecho del aparato rosista cuando éste estorbó sus intereses librecambistas, sino también emprendía la construcción del estado nacional que controlaría el país bajo su influencia. Desde esta ubicación *Amalia* intenta fijar la óptica con que las generaciones futuras deberían concebir y recordar las luchas antirrosistas. En su "Explicacion" preliminar de 1851 Mármol afirma que la "mayor parte de los personajes históricos de esta novela existen aún y ocupan la misma posición política o social que en la época en que ocurrieron los sucesos en que van a leerse. Pero el autor, *por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos.*" Hay, por tanto, una adecuación ideológica de los hechos históricos narrados como marco de la ficción tácita y claramente sugerida en sus palabras.

El propósito de este trabajo es revelar el aparato ideológico que sustenta la visión de mundo representada en *Amalia*. Un estudio de esta naturaleza debe concebir la obra como arma de praxis socio-política dentro de los conflictos de clase de la época. Por ideología entendemos el conjunto de actitudes subliminales, inconscientes, que sirven de base y asientan una perspectiva en el uso de temas y motivos literarios según las lealtades del autor a los sectores en lucha. Revelar esas actitudes ideológicas restituye valor a la novela como producto estético de la conciencia histórica de uno de los momentos más importantes de la historia latinoamericana. Con ello esperamos superar la inmovilidad de museo a que la ha condenado la panegírica de una aproximación ideológica afín. Heredera de la ideología librecambista decimonónica, la crítica existente sobre la obra de Mármol no encuentra mayor novedad en ella. La visión de mundo portada en la novela sólo refuerza parametros mentales que dentro de la dependencia socio-económica latinoamericana son presentados como "reales," "normales," "naturales," y "logicos." Esa crítica ha olvidado que tal concepción del mundo es construcción de una clase social hegemónica y que *Amalia* fue parte de ese esfuerzo constructivo. En nuestro estudio proponemos que las actitudes ideologicas emergentes en la época de su producción se plasman en la estructura narrativa. A la inversa, la estructura narrativa refuerza esas actitudes ideológicas constituyéndolas como conciencia histórica real, concreta y socialmente efectiva. Por otra parte, tenemos presente que este conocimiento nos llega mediatizado por la conciencia histórica de esos sucesos tanto a través de los intereses unitarios y románticos, de los intereses particulares de José Mármol al asumir los ideales unitarios y románticos, así como también de nuestra conciencia actual de los problemas de la dependencia económica-social latinoamericana.

I

Los jóvenes intelectuales que formaron la generación romántica argentina de 1837 iniciaron la emigración a Montevideo hacia 1838. Allí

fueron un minúsculo grupo dentro de la minoría argentina que había escapado de la represión rosista. Durante la época Montevideo fue literalmente una factoría europea que medraba del bloqueo francés iniciado en 1838 contra el puerto de Buenos Aires y del contrabando por el río Uruguay con las provincias argentinas del interior. En el curso de su intervención en la zona, Francia expresó interés en convertir el país en protectorado, idea apoyada por sectores unitarios argentinos. Ricardo Rojas cita la siguiente estadística de población en ese período: 11,431 orientales; 6,324 franceses; 4,205 italianos; 3,406 españoles; 609 ingleses; 659 portugueses; 492 brasileños; 183 de otros estados europeos; 861 sin patria conocida; 1,344 africanos; 2,553 argentinos, en su mayoría refugiados unitarios. Los románticos eran veintidós, entre los cuales los más destacados fueron Alberdi, Juan María Gutiérrez, Félix Frías, Echeverría, Mitre, Mármol, y Rivera Indarte.[6]

Sindicados como de origen pequeño burgués y asociados con los intereses de la burguesía comercial bonaerense, los románticos se convirtieron en los ideólogos de su proyecto de consolidación nacional. Para ello el grupo debió hacer un delicado juego de equilibrio en el exilio. Políticamente afines a los unitarios, se enfrentaron a estos por la estrechez de sus ambiciones, su fragmentarismo en la acción, su incompetencia política e incapacidad de análisis objetivo en su gestión. No obstante, junto a ellos cooperaron con los franceses en su intervención rioplatense, considerándolos aliados de oportunidad con poder financiero y militar suficiente para derrocar a Rosas. Sin embargo, a la vez tenían conciencia de que el aliado potencial de mayor importancia era Inglaterra, a quien no debía alienarse del todo. Y mientras defendían la alianza con los galos no se les escapaba la noción de ser nada más que peones manipulados en maniobras de política internacional. Aún más, se dañaban así las profundas convicciones nacionalistas de los románticos, ya de sí contradictorias por el europeísmo que los hacía partidarios de la "civilización" de los países capitalistas avanzados en lucha con la "barbarie americana." Por las repercusiones directas que tienen sobre *Amalia* merita detenerse un poco más sobre los argumentos románticos que dieron cohesión doctrinaria a la generación.

Aunque sus simpatías estaban con los unitarios y se reconocían sus herederos en las luchas por la unificación nacional, la generación romántica castigaba su falta de objetividad americanista. En los unitarios veían a hombres engañados por el univeralismo iluminista que concebía la naturaleza humana como conjunto de características esenciales abstraídas de sus condiciones históricas específicas. De allí su importación indiscriminada de instituciones europeas para la regulación política, sin un análisis de su relación con el modo de ser nacional y americano. El ejemplo mas flagrante de este error había sido la instauración del sufragio universal por Rivadavia. El desconocimiento de lo que constituye la *ley del ser* americano, conocimiento previo y fundamental para impulsar al

pueblo argentino hacia el progreso, basaba la acción social unitaria en ficciones, ilusiones y distorsiones de la realidad. Por ello sus intentos de unificación nacional no habían pasado de ser una formalidad legalista sin concreción real, como lo demostraba el caudillismo imperante. A esto se sumaba la incompetencia de los líderes unitarios, el fragmentarismo de sus rencillas personales y la incapacidad de desarrollar un cuerpo ideológico que orientara la actividad política. A juicio romántico, se hacía necesaria una revolución espiritual en Argentina como antecedente para la revolución material. La función del intelectual romántico era la de emprender una batalla ideológica para desvelar el iluminismo unitario y proponer una argumentación socio-política cohesiva, asentada en la captación objetiva de la esencialidad americana. En esta labor los románticos tendieron al control de la prensa en el exilio como canal de adoctrinamiento.

Por otra parte, la posición internacionalista de la generación romántica merece especial examen por la intensa contradicción entre sus afirmaciones nacionalistas, su apoyo ferviente a la intervención francesa y las sospechas mucho menos resonantes que expresaron ante las intenciones imperiales de la potencia europea. A pesar de estas dudas y de la enemistad de hecho que recibieron de los unitarios, la generación romántica fue fiel exponente de los intereses librecambistas y obediente al mandato de la necesidad política. Con el objeto de promover la acción conjunta los románticos plantearon una argumentación ideológica que coordinaba las aspiraciones francesas con los intereses unitarios y románticos, postergando y ocultando sus divergencias. El resultado fue la manipulación del concepto de "la patria universal del hombre".

Es sugerente que el originador de ese concepto fuera el jurista español Francisco Vitoria, quien siglos antes lo propusiera para justificar la conquista de América por la corona española.[7] Desmintiendo su nacionalismo los románticos extendieron una cordial invitación a la conquista por Francia. A partir de ideas similares a las del ideólogo español, arguyeron que el género humano constituía una sola familia que alcanzaba vínculo de tal en el ejercicio y diseminación del cristianismo. La fraternidad cristiana hacía del mundo la patria universal del hombre, otorgándole pleno derecho a recorrerlo para su gozo material, espiritual y la propagación de principios cristianizadores y civilizadores. Rosas y su "despotismo bárbaro" obstaculizaban el derecho y la obligada misión de Francia, nación civilizadora. El dictador erigía una muralla contra el libre tránsito y tráfico francés en Argentina, impidiendo a su pueblo la comunión con un país más culto. Por derecho y justicia Francia obraba correctamente en su bloqueo y su acción contra Rosas, tirano usurpador de la voluntad popular. Puesto que unitarios y románticos eran los sectores argentinos representantes de los verdaderos intereses del pueblo argentino y de la civilización europea más avanzada, franceses, unitarios y románticos eran aliados en la lucha contra el "salvajismo" del dictador.[8]

Los argumentos románticos se delinearon polémicamente en la prensa uruguaya. Además de la natural enemistad rosista también fueron objeto de ataques unitarios y franceses. La generación de 1837 exiliada en Montevideo se vio frecuentemente marginada por el resto de la población argentina y dividida por las rencillas personales. Su aislamiento la hizo defensiva y combativa a la vez, reforzando en ella la necesidad de construir un cuerpo ideológico que diera contorno y perfil más nítido e individual a sus aspiraciones dentro del contradictorio juego de intereses de la época. Estas circunstancias condicionan, a nuestro juicio, la imagen arquetípica que los jóvenes románticos construyeran de sí mismos como proscritos errantes, peregrinos solitarios y poseedores de una verdad espiritual nacionalmente cohesiva, civilizadora, sagrada por interpretar la todavía informe conciencia nacional, patrimonio que debían proteger como intimidad asediada por la incomprension, la estupidez y la barbarie. Nos atreveríamos a caracterizar la disposición intelectual romántica como "mentalidad de asedio," a la defensiva ante intereses en dinamismo de convergencia y divergencia. No debemos desestimar el dato de que parte del exilio romántico en Montevideo fue vivido bajo el sitio de nueve años—1841 a 1851—impuesto por las tropas pro-rosistas de Oribe. Alejandro Dumas se refirió a la ciudad oriental como "la nueva Troya." Un escritor francés, "civilizado," sacralizaba el escenario de los padecimientos románticos otorgándole la universalidad a la que ellos aspiraban, la europea. Por su parte, José Mármol, el Byron del Plata, compartió la experiencia romántica con modulaciones aún más contradictorias.

La vida de José Mármol tiene una curva de ascenso que se inicia con su prisión de veintitrés días en Buenos Aires durante el mes de abril de 1839. El motivo fue haber agitado y hecho propaganda antirrosista. El 23 de noviembre de 1840 emigro a Montevideo. Sus días de prisión le franquearon las puertas de círculos unitarios y románticos. Allí se sumó a la actividad periodística de los intelectuales argentinos exiliados, trabajo que parece haberle dado un sustento aceptablemente comodo. Tiempo después, un poema suyo recibió mención honrosa en un certamen poético del 25 de mayo de 1841 en conmemoración de la independencia nacional argentina. Su trabajo fue distinguido, a pesar de la "frecuente violación de la sintaxis y de la pureza de la lengua, inexactitud aunque no tan común en la rima; quebrantamiento de las condiciones de versificación que el mismo poeta se impone, y una que otra locución sumamente oscura, son los defectos que empañan el terso brillo de las ideas y luchan con el elevado entono de esta pieza," según palabras de Florencio Varela.[9] Sin embargo, su poema fue intensamente celebrado y Mármol quedó consagrado como poeta máximo de la juventud exiliada. Conjuntamente su periodismo fue conocido como el más agresivo y vociferante de la época.[10]

El triunfo en el certamen literario marca un período de reconocimiento y fama para José Mármol que continuará interrumpido hasta 1852, año en

que vuelve a Buenos Aires después de la caída de Rosas en Monte Caseros. Así superó la anonimia y oscuridad de su origen. Mármol nació el 2 de diciembre de 1818. En 1812 su padre, Juan Antonio Mármol, había ingresado en el ejército para hacer la guerra de la independencia chilena y peruana. Desde entonces la familia quedó abandonada mientras la madre criaba a cinco hijos debatiéndose entre la angustia y la escasez. Durante su niñez Mármol fue "distraído y 'rabonero,' llegó a los diez años sabiendo apenas deletrear. A los dieciocho entró en la universidad; la madre había muerto; el padre, residente en el Brasil, le enviaba una pequeña suma mensual."[11] Este es el momento en que toma parte en la agitación política universitaria y es encarcelado. Su viaje a Montevideo y su actividad allí resultan ser, por tanto, hitos de una crisis de identidad personal y del esfuerzo por reestablecerla.

El psicoanálisis describe una crisis de identidad como "aquel período del ciclo vital cuando todo joven debe fraguarse para sí mismo alguna perspectiva y dirección centrales, alguna unidad efectiva, a partir de los remanentes reales de su niñez y las expectativas del tipo de adultez esperada; el joven debe detectar alguna semejanza significativa entre lo que ha entrevisto en sí mismo y lo que su conciencia aguzada le indica en cuanto a lo que otros juzgan y esperan que sea."[12] En José Marmol los "remanentes reales de su niñez" son los sentimientos de abandono y soledad por la ausencia paterna, la estrechez económica y la conciencia de la oscuridad y anonimia de su pasado. Repetidas veces mistifico la fecha de su nacimiento. En carta a Juan María Gutiérrez, colector de la *América Poética*, "le pidió que le pusiera '5 o 6 años menos' y que le aumentase sus desgracias 'para hacer creer que son el origen de las canas y de alguna que otra arruga'."[13] Las "expectativas del tipo de adultez esperada" están en el reconocimiento en sí mismo de una capacidad de verbalización ideológica similar a la que leía en los periódicos montevideanos publicados por exiliados argentinos. Su capacidad potencial quedo efectivamente concretada en los primeros versos que alguna vez escribiera, en la cárcel, apostrofando a Rosas. En Montevideo Mármol ejerció sus potencialidades ante las incitaciones de valoración, juicio y expectativas que le manifestaron las tres personas en que parece haber transferido su experiencia de la figura paterna. Ellas fueron Florencio Varela, líder unitario, Esteban Echeverría y el general rosista Tomás Guido, ministro del dictador ante la corte del emperador Pedro II de Brasil.

Aunque Varela es duramente criticado en *Amalia* por su irrealismo político, el unitario influyó en Mármol como mentor suyo en los círculos sociales argentinos, tutor literario, severo crítico e incitador a la lucha política. En este último aspecto Varela parece haber significado demandas de sacrificio y responsabilidad. Luego de una feliz estadía de Mármol en Río de Janeiro de visita a la familia Guido entre agosto de 1843 y abril de 1845, Varela lo convenció de volver a Montevideo para con-

tinuar la lucha ideológica. Mármol accedió contra sus propios deseos, para sufrir una rápida desilusión. En las siguientes palabras se hace patente la tensión entre la frustración y la lealtad hacia el mentor: "cuando uno llega le gritan todos: ¡para qué ha venido!, y cuando se habla de alguno que se ha ido, todos dicen: ¡qué feliz! . . . Y entonces grito yo: ¡viva mi viaje y los que se empeñaron en que lo hiciera!" [14] Por el contrario, el general Guido significó sensación de juego irresponsable, seguridad, amor y cariño filial, a pesar de su identidad política. Mármol calificó su estadía en Río como "paraíso terrenal donde sólo se piensa en divertirse." [15] Allí tuvo su primera experiencia amorosa seria, como también la de un remanso de paz en el cariño familiar. El Canto IV de los *Cantos del Peregrino* fue secretamente dedicado a José Tomás Guido, hijo del general, "íntimo amigo" quien "más que un amigo es un hermano." [16] Desde su vuelta a Montevideo el retorno a Río se convirtió en idea obsesiva que nunca se realizó.

Si las relaciones de Mármol con Varela y Guido son a todas luces contradictorias, sus lazos con Echeverría lo fueron con intensidad todavía mayor. Desde el comienzo de su trabajo periodístico Mármol trató de impresionar a Echeverría con su contribución "revolucionaría," informándolo de su ideario a sabiendas de sus divergencias políticas. Marmol era unitario de simpatías monarquistas; Echeverría, liberal republicano: "Envío a V. los cinco primeros números del Periodico que redacto. El dirá a V. cuáles son mis ideas y mis deseos. Estos últimos no pueden ser sino los de V. y los de todo argentino; pero aquellas, sujetas a mil variaciones en cada hombre, tal vez tengan la desgracia de no ser las mismas que las del amigo que respeto. Esto, sin embargo, nunca sería un motivo para enfriar mi amistad . . ." [17] Echeverría, en cambio, despreciaba la prensa "guerrillera" como arma contra la tiranía, considerándola "charlatanismo inútil y pernicioso." [18] Más aún, Echeverría negó a Mármol parte de la identidad personal que se forjaba en la lucha ideológica, relegándolo a una limitada visibilidad en su recuento de los aportes de la juventud a la causa antirrosista. Mármol no había pertenecido a la Asociación de Mayo aunque asistió al Colegio de Ciencias Morales del que egresó la mayoría de sus integrantes; tampoco colaboró en *La Moda*, primer periódico del grupo. En la "Ojeada Retrospectiva" de 1846, que antecede al texto del *Dogma Socialista*, Echeverría se refiere a Mármol segregándolo tácita pero efectivamente: "Pero seríamos injustos, si al hacer esta rápida reseña del trabajo de la inteligencia Argentina en el tiempo transcurrido desde el año 37, echásemos en el olvido algunos escritores, que aunque no profesan nuestras doctrinas, se han distinguido por su devoción a la Patria y por su perseverancia en la lucha contra Rosas." [19] El desaire a Mármol y a otros unitarios, incluido Florencio Varela, fue ampliamente comentado en Montevideo. La contrarreacción unitaria parece haber sido causante de la limitada repercusión del *Dogma Socialista* en Uruguay. La prensa controlada por los unitarios ignoró la

publicación de Echeverría. Por el contrario, dio gran espacio a comentarios sobre el Canto XII de *Cantos del Peregrino* de Mármol, publicado un mes más tarde. Mármol quedó ubicado entre dos fuegos y debió hacer delicadas maniobras públicas de apaciguamiento del patriarca romántico, acompañándolo y exhibiéndose con él en sus paseos por la ciudad: "acentuó su adhesión y cordialidad—por otra parte muy sinceras—para confundir a los envidiosos y desarmar a los malévolos." [20]

Para resumir, el esfuerzo de Mármol por establecer su identidad personal en el tumultuoso escenario de Montevideo se dio como respuesta y búsqueda de equilibrio ante las incitaciones contradictorias de tres figuras paternas. La esencialidad de su perspectiva existencial quedó marcada por el deseo de mediar entre los intereses conflictivos representados por cada una de ellas. Mientras existió tal oportunidad su producción intelectual fue vigorosa. Con el triunfo de Urquiza en Monte Caseros y la vuelta de Mármol a Buenos Aires en 1852 el equilibrio se rompió ante las nuevas exigencias políticas. Esto explica, a nuestro juicio, que hacia 1855 haya abandonado toda actividad poética y periodística. Puesto que la mediación era ya imposible, las condiciones psíquicas que dinamizaron su pluma como instrumento de forja de su identidad personal se agotaron. Pedro Goyena, crítico de la época, dijo en la *Revista Argentina*: "La musa no concede ya al señor Mármol los favores envidiables a los cuales debe su gloria de poeta. Desde la caída de la tiranía hasta el presente no ha habido ruegos ni amenazas que consigan ablandar el corazón de la bella desdeñosa."[21]

El desequilibrio existencial de Mármol se dio después y durante el período álgido de su fama entre el 21 de marzo de 1852, fecha de su retorno a Buenos Aires y el 12 de noviembre, en que decide cerrar su periódico *El Paraná* bajo fuerte presión y amenazas de federales, unitarios y románticos. A pocos días de su vuelta fue nombrado Encargado de Negocios de la Confederación Argentina en Chile y Bolivia. Mármol estuvo, además, entre los altos dignatarios invitados por Urquiza a visitar el campo de su victoria sobre Rosas. Allí pronunció un celebrado brindis en honor del caudillo entrerriano, ceremonia que repitió la noche del 42º aniversario la independencia argentina. El prestigio del poeta había aumentado con la publicación de los fragmentos "A la Luna" y "A las Estrellas" (Canto VI de los *Cantos del Peregrino*) el 17 y 20 de mayo. El 26 de mayo Mármol pronunció una emocionada oración fúnebre con motivo de la repatriación de los restos de Florencio Varela. La prensa estimó que sus palabras eran "obra digna de un Lamartine, de un Chateaubriand, si no fuese de nuestro predilecto poeta nacional."[22] En consonancia con los diferentes círculos que le otorgaban su prestigio, desde la dirección del periódico *El Progreso* abogaba por un entendimiento entre los intereses de Buenos Aires y el sector federal de Urquiza.

Sin embargo, la firma del Acuerdo de San Nicolas provocó la ruptura. Respondiendo a presiones unitarias Mármol no defendió el Acuerdo,

acarreándose la censura de sus antiguos camaradas románticos, Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi. Por su parte, el general Guido, antiguo protector de Mármol, se había sumado al bando de Urquiza. Así Mármol perdió su puesto de Encargado de Negocios. Todavía más, se sumó a la nueva alianza de ex-rosistas unitarios para mantener el control de las aduanas de Buenos Aires frente a la intervención de Urquiza para financiar la organización de una administración nacional, según el Acuerdo de San Nicolás. Mármol fue parte activa en el motín militar del 11 de septiembre de 1852 con el que Buenos Aires rompió con la Confederación Argentina. No obstante, ello no implica que Mármol fuera partidario de los proyectos mitristas de unificación del país bajo la hegemonía de Buenos Aires. Llanamente deseaba el separatismo de la provincia y el acomodo con el federalismo entrerriano, en sí conflictivo frente a los intereses de la Confederacion. [23] Esto le valio los ataques del coronel Mitre desde *El Nacional*. Desde *El Paraná* Mármol intentó una conciliación con Urquiza: "La revolucion [del 11 de septiembre de 1852] ha sido extraviada porque la han sacado de sus límites primitivos que consistían en la reinstalación de las autoridades derrocadas y la reconquista de las intituciones halladas en la Provincia, dándole el carácter de una revolución nacional destinada a reproducirse en toda la República, llevando el insulto, el anatema, la guerra contra el general Urquiza; proclamando, bajo el solo escudo de la libertad, la oligarquía de la República." [24] Los insultos, presiones y amenazas de muerte que recibió de todos los bandos en lucha lo llevaron, finalmente, a cerrar el diario y abandonar definitivamente el periodismo. El mismo Mármol definió situación de ostracismo general diciendo:

> Ninguna posición personal más que la mía: estoy mal con el partido de Rosas porque fui su enemigo en el espacio de doce años; estoy mal con Urquiza y su partido porque no quise rendir ante el vencedor de Rosas mis creencias individuales sobre el partido del dictador a quien le entregaba el triunfo de febrero y porque no quise prestar mi pluma para la defensa del Acuerdo de San Nicolás, por la violencia con que se le quería imponer a Buenos Aires; y estoy mal con el gobierno actual y su partido porque no he querido seguir la extraviada política que han adoptado para afianzar la revolución de septiembre.[25]

Su actividad política no decayó, sin embargo. Fue miembro de la comisión de representantes de Buenos Aires que negoció con Urquiza la reintegración de la provincia a la Confederación Argentina luego de la derrota de Cepeda. Participó también en la comisión revisora de la Constitución de 1853. En 1854 inició la publicación de sus obras completas. En 1855 apareció el segundo tomo de *Amalia*. Viajó a Brasil en 1864 como ministro plenipotenciario del gobierno de Mitre. Ocupo bancas en los congresos provincial y nacional. Desde 1858 hasta su muerte en 1871 fue director de la biblioteca pública de Buenos Aires. Adolfo Mitre, uno de los

biógrafos de Mármol, ha expresado la opinión de que el "poeta de los *Cantos del Peregrino* no ocupa posiciones destacadas y fracasa en las misiones conciliatorias que su ánimo atemperado inicia, ya como mediador entre las fracciones adversas, ya como consejero desde el ministerio de la prensa. Cuando pertinaces sombras comienzan a nublar sus ojos, acepta la dirección de la Biblioteca Nacional. No es un 'triunfador' en el sentido militante del término, ese poeta cuya única riqueza, en su desgracia a lo Milton, es el recuerdo de los días en que se sentía Byron." [26]

El análisis biográfico muestra que la construcción de la identidad personal de Mármol dio lugar a un estilo de funcionamiento social adulto identificable en su recurrencia de actitudes a través del tiempo y de las circunstancias políticas. [27] Según hemos dicho, ese estilo se puede caracterizar por los persistentes intentos de equilibrar las demandas de tres figuras paternas de gran contradicción entre sí en cuanto a intereses concretos y significado ideológico. El sentimiento de bienestar de ese equilibrio era posible en la medida en que se mantuviera el problemático acercamiento unitario-romántico por el asedio de las fuerzas rosistas. La presencia del enemigo común sirvió de mecanismo defensivo ante el peligro y dolor del desequilibrio. Esto explica dos caraterísticas claves del trabajo intelectual de Mármol en el exilio: el tono exacerbadamente agresivo que sus contemporáneos reconocieron en su periodismo y un temple de ánimo poético que hace énfasis en el lamento por la soledad en un mundo inhóspito. A modo de prueba notemos que, a raíz de sus debates periodísticos con Mitre, su sentimiento de asedio, soledad y agresión emerge en el título de una de sus intervenciones: "Todos Contra Mí y Yo Contra Todos;" años después, como parlamentario, comentaría: "Hace muchos años que ocupo en el Congreso de la República o en las bancas de la legislatura de Buenos Aires un lugar, y siempre me he encontrado en las minorías..." [28] A nuestro juicio, los ejes de reacción característicos de su estilo--agresividad/temor a la soledad/busca de equilibrio emocional y social en el amor--condicionan el conjunto de actitudes ideológicas de *Amalia* y son, por tanto, soporte de su estructura narrativa y de las categorías literarias que la sustentan.

Como manifestación de la lucha de clases las actitudes ideológicas conscientes e inconscientes tienden a promover la dignidad humana y la claridad de conciencia histórica de una clase determinada desde la perspectiva de sus intereses y situación económica, social y política. Simultáneamente desacreditan a los adversarios. La ideología supone formas de relaciones de clases que definen a una de ellas y asegura su supervivencia, mantenimiento y dominación en la medida en que humille a los adversarios diferenciándose de ellos en el uso de ellos: "De este modo, para usar una fórmula tripartita conveniente aunque por supuesto muy abstracta, el burgués se define como no-noble y como no-trabajador al mismo tiempo, o mejor aún, como anti-noble y anti-trabajador todo en uno." [29] A la luz del

contexto histórico de Mármol la definición clasista que se percibe en *Amalia* es todavía más compleja. Unitario monarquista, critica acremente a su partido; miembro de la generación romántica, discrepa del republicanismo liberal de la Asociación de Mayo; europeizante furibundo, tiene conciencia de que unitarios y románticos son usados como peones por los franceses en su intervención en el Río de la Plata aunque intenta ocultar la claridad de tal conciencia; antirrosista fanático, logra mantener nexos con algunos seguidores del dictador. Mármol plasma la síntesis de su definición contradictoria en Daniel Bello, Eduardo Belgrano, Amalia Sáenz y Florencia Dupasquier. Se trata de personajes solitarios, cristianos, refinados y espirituales en busca de un equilibrio de asociación en un mundo inhóspito por la acción bárbara, satánica y degradada del tirano Juan Manuel Rosas. Para los personajes incluidos en esta esfera de equilibrio amoroso aun las diferencias ideológicas y de clase son posibles de ser allanadas, en términos unitarios. Bello, por ejemplo, proviene de una familia federal contra la que se ha rebelado con su adhesión unitaria. Sin embargo, en coincidencia con el carácter de Mármol, el amor filial paterno es buscado por sobre las rencillas. El padre de Bello interviene en el desenlace para tratar de salvarlo. Similares intentos de equilibrio descubriremos más tarde en la caracterización de los criados Fermín y Pedro.

En esta diferenciación personal y espacial percibimos el mecanismo de defensa desarrollado por Mármol en su estilo de funcionamiento social: la desusada agresividad antirrosista. La ambigüedad de la síntesis de equilibrio y la violencia satírica conforman una estructura narrativa fundamentada en una visión melodramática de la realidad como categoría literaria central. Ya que ésta es la forma ideológica con que Mármol asume los intereses dependentistas del unitarismo desde la perspectiva de sus contradicciones personales, melodrama y dependencia son estructuras que en *Amalia* responden a la conciencia de la lucha de clases en el período histórico representado en la obra.

II

La novela de Mármol hace ficción a partir de los sucesos políticos y militares ocurridos en Buenos Aires entre el 4 de mayo y el 5 de octubre de 1840. Enmarcada en estas fechas está la crisis del gobierno de Juan Manuel Rosas por la amenaza del ejército unitario del general Lavalle, que había iniciado una incursión desde Uruguay hacia Corrientes y Entre Ríos con la intención final de atacar a la ciudad de Buenos Aires. La campaña de Lavalle se hizo bajo el financiamiento, amparo y apoyo logístico de Francia. Entre los unitarios, Francia había encontrado soporte para sus ambiciones comerciales en Argentina, ambiciones por las que inició el bloqueo marítimo de la ciudad el 28 de marzo de 1838. A su vez Francia había reactivado las expectativas unitarias de destruir a Rosas y reconquistar el poder. La intervención francesa ilustra los modos en que los intereses de las potencias hegemónicas —o que buscan tal categoría—

repercuten en zonas periféricas, convirtiendo a las burguesías dependientes en meros peones de sus ambiciones.

Desde 1832, con motivo de la insurrección de Ibrahím, hijo de Mehemet Alí, contra el Sultán turco de Egipto, el equilibrio político de Europa había hecho crisis. Francia apoyaba a Mehemet y exigió para él cuatro bajalatos y reclamó a Siria como heredad del rebelde. El Sultán solicitó la ayuda de Rusia, país que obtuvo así numerosas ventajas, incluso la de acceso de sus tropas a Constantinopla. Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia entraron en complejas intrigas, tanto para ganar influencia con la situación, como para evitar una guerra que habría enfrentado a Francia con casi toda Europa. La diplomacia francesa encaró su precario estado con la iniciación de aventuras militares en América que desviaran la atención doméstica y europea de las tensiones en el Medio Oriente. En 1838 Francia creó incidentes en México, Chile, Ecuador y Argentina.[30]

La creación de disturbios diversionarios coincidía, además, con la necesidad de abrir mercados para la industria francesa. Luego del desastre napoleónico Francia había sufrido un largo período de depresión económica por la orientación anterior de su industria a la producción de armamentos. A partir de 1825 se dio un lento proceso recuperativo. La conversión industrial para usos civiles llevó a una expansión que pronto requirió mercados de ultramar y la apremiante participación francesa en la contienda económica internacional. En América, Francia buscó concesiones comerciales, competencia con el tráfico inglés y la ubicación de miles de vascos en el Río de la Plata.

El comercio con Buenos Aires y las provincias del Litoral estaba controlado por financieros ingleses. Francia decidió arrancar del gobierno de Rosas el reconocimiento como nación más privilegiada similar al que gozaba Inglaterra. La aplicación de violencia para obtener lo que debió haber sido solicitado por negociaciones fue justificada con otras dos demandas que enmascaraban la intención principal: la cesación del reclutamiento de súbditos franceses en el ejército argentino y la compensación por daños sufridos en disturbios políticos por un señor Despouy y en prisión por otros franceses de dudosos antecedentes. La negativa rosista a satisfacer estos reclamos produjo la ruptura de relaciones, el bloqueo de Buenos Aires y el Litoral y la alianza francesa con los emigrados unitarios residentes en Montevideo. La presión económica y política del bloqueo produjo, a su vez, una concatenación de sucesos internos en Argentina. El delicado balance político interprovincial fue alterado. De las catorce provincias argentinas, Corrientes, Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy se inclinaron al bando unitario. El triunfo del bando riverista en Uruguay, así como las actividades subversivas internas y externas de los unitarios, añadieron nuevos peligros para Rosas.

Contra todas las expectativas del bando antirrosista, la confabulación franco-unitaria aumentó la lealtad de los sectores populares al caudillo,

como también la dependencia del dictador del apoyo inglés. La anexión de las islas Malvinas quedó temporalmente olvidada. Unitarios y románticos debieron realizar grandes esfuerzos ideológicos para justificar la cooperación con extranjeros, el financiamiento francés de sus actividades políticas y militares y el sostén logístico de la flota francesa para las tropas de Lavalle.

Gradualmente la situación se hizo precaria para Francia. El daño económico sufrido por los comerciantes ingleses y franceses en el Río de la Plata fue de tal magnitud que el gobierno del mariscal Soult fue objeto de fuertes presiones diplomáticas del gobierno británico y de la oposición parlamentaria gala. Inglaterra amenazó con desconocer el bloqueo, camino seguro a un enfrentamiento armado entre las dos naciones. También el gobierno francés enfrentó graves problemas para obtener aprobación parlamentaria del presupuesto destinado a las operaciones rioplatenses. El golpe de gracia contra las maniobras francesas ocurrió el 15 de julio de 1840. Se anunció que Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria habían firmado un convenio sobre la cuestión turco-egipcia sin siquiera consultar a Francia. Ese bloque de naciones obligaba a los rebeldes egipcios apoyados por Francia a abandonar todo reclamo sobre Siria. Francia se veía súbitamente aislada, a riesgo de caer en un conflicto armado contra todas las potencias europeas.

La alarma francesa se tradujo en urgentes instrucciones al almirante Mackau para que se dirigiera a la zona rioplatense y negociara una solución política en los mejores términos posibles. Paralelamente, el apoyo de la flota francesa a las tropas de Lavalle se debilitó en forma notable, cosa que influyó en las consideraciones tácticas del caudillo unitario. A pesar de que el ejército de Rosas no era un serio obstáculo, y una incursión inmediata sobre Buenos Aires habría tenido éxito, Lavalle retrasó la marcha por precaución. No confiaba totalmente en los franceses y le preocupaba la ausencia de entusiasmo popular durante su avance. El esperado levantamiento unitario dentro de Buenos Aires no se materializó. El general Lavalle exigió del almirante Dupotet la garantía de que su ejército fuera reforzado por todo el contingente de infantes de marina disponibles en ese momento, como también por todos los que llegaran en la expedición de Mackau. El francés rehusó y Lavalle ordenó la retirada general el 6 de septiembre, sin haber atacado a su enemigo principal. Las consecuencias fueron desastrosas para los unitarios de Buenos Aires. Ya seguro en el poder, Rosas desató una ola de asesinatos, detenciones y confiscaciones de propiedad entre sus adversarios.

A su llegada al Río de la Plata el almirante Mackau inició contactos con el gobierno de Rosas en los que hizo una clara diferenciación entre el propósito de obtener satisfacción para las demandas francesas y la destrucción del dictador. Para Mackau los intereses franceses requerían una pronta solución de lo primero y un desahucio de la política implementada hasta entonces por los agentes consulares, la de identificar los

objetivos galos con el apoyo a los unitarios para derrocar a Rosas. Mackau cumplió su programa y al hacerlo abandonó a sus aliados para propiciar al caudillo. Declaró: "Francia...no ha considerado a la República Oriental ni a las tropas bajo el mundo del general Lavalle como sus aliados; ella ha visto en ellos nada más que auxiliares que sucesos imprevistos le pusieron a mano. El resto han sido actos personales de sus agentes." [31] Es decir, unitarios y románticos fueron rebajados a la categoría de yanaconas cargadores de bultos para los amos europeos. [32] En los acuerdos firmados por Rosas el 29 de octubre de 1840 se concedía amnistía a la tropa que había servido en el ejército unitario, pero se la negaba a los líderes. Los unitarios perdieron todo crédito ante el resto de la ciudadanía argentina por largo tiempo. El propio Lavalle sufrió la ignominia de recibir una oferta de pensión y asilo en Francia por parte de Mackau, oferta que rechazó.

El asunto de la intervención europea armada en el Río de la Plata alcanzó mayores complicaciones aún. Desde 1841 hasta 1844 Francia e Inglaterra, ahora aliados, hostilizaron al gobierno de Rosas. No obstante, para los propósitos de comprender el trasfondo histórico de *Amalia* esta exposición basta, pues los sucesos relatados por Mármol se relacionan con la primera agresión francesa.

Aunque escribe años después de la intervención francesa, Mármol oculta la experiencia ya consumada y clarificada de su sentido histórico y del abandono de los "auxiliares" unitarios y románticos. Insiste en la justicia de las aspiraciones francesas mencionando sólo dos de sus demandas—las reparaciones a súbditos franceses y la suspensión del servicio militar para ellos—escamoteando lo referente a garantías comerciales. [33] Lamenta las iniciativa del almirante Mackau para concertar la paz con Rosas y dedica sólo dos cortos párrafos para dar cuenta de la ínfima consideración que merecieron al francés las fuerzas unitarias. [34] Como ideólogo de la burguesía comercial bonaerense, la intención de Mármol de justificar las relaciones economicas y políticas internacionales dependentistas toma así un contorno muy preciso.

No obstante, a pesar del ocultamiento, el problema de la dependencia se refleja en la disposición melodramática de los elementos ficticios del mundo representado. La información histórica se integra en la medida en que sirva de trasfondo para el fundamento literario de la obra, es decir, las vicisitudes de los romances malogrados de Eduardo Belgrano y Amalia Sáenz, Daniel Bello y Florencia Dupasquier. Si nos atenemos a la concatenación de incidentes que causan la catástrofe amorosa, según la disposición de ellos por parte de Mármol, veremos el uso melodramático al que aludimos: Francia inicia el bloqueo de Buenos Aires para forzar la satisfacción de sus demandas; esta presión provoca la revuelta de siete provincias contra el gobierno de Rosas; tales noticias, junto con la campaña de Lavalle, impulsan a Bello a la organización de una conjura para apoyar al general con una insurrección en el interior de la ciudad de

Buenos Aires; estos planes fracasan por el escaso espíritu combativo y asociativo de los jóvenes, los errores tácticos de Lavalle y las negociaciones de Mackau; relajadas las hostilidades Rosas tiene la latitud para iniciar una feroz represión; ésta obliga a Bello a planear la emigración; Daniel y Florencia se separan; la Mazorca allana la casa de Amalia; en el combate muere Belgrano y Bello queda gravemente herido, quizás muerto.

Si no perdemos de vista que el factor decisivo en el comienzo y término de esta concatenación fue la intervención francesa, concluiremos que el destino de los jóvenes quedó marcado por los problemas franceses en el Medio Oriente. Los esfuerzos de Mármol por ofuscar este hecho haciendo mayor hincapié en los defectos de la acción unitaria y, por sobre todo, en la violencia satánica de las fuerzas rosistas, configuran el típico cuadro melodramático: el temor paranoico ante fuerzas sociales esquemáticamente presentadas, no del todo comprensibles o controlables, que se confabulan para destruir a los protagonistas.

Desde esta perspectiva, la visión melodramática de la realidad corresponde a un discurso consciente e inconscientemente truncado. En cuanto a praxis política, con él se intenta acomodar la compleja objetividad de los hechos narrados para que coincidan con la subjetividad ideológica de los intereses propuestos por uno de los bandos conflictivos. Extensas áreas de realidad son mutiladas de la conciencia. Es obvio que tal restricción de la capacidad de conocimiento está dirigida al lector, de quien se recaba una simpatía emocional con los hechos representados. Sin embargo, es preciso considerar que el mismo perpetrador de estas ablaciones es victimado por sus propios manejos. Por las restricciones impuestas, su acción práctica queda a merced de ofuscamientos que impiden una recta comprensión de las relaciones sociales. Así las variables no consideradas se convierten en amenazas que atentan contra los actores designados como héroes de la praxis. Surge, por tanto, la característica melodramática ya anotada: la paranoia creada por fuerzas sociales esquemáticamente comprendidas.

Conviene recalcar el propósito ideológico del esquematismo melodramático. Su función retórica es oscurecer la complejidad social reduciéndola a un pequeño número de opciones simplificadas que incitan al lector a tomar una posición política sin proporcionarle la totalidad de los elementos de juicio disponibles. En *Amalia* se actualizan las opciones típicas del romanticismo hispanoamericano, además de aquéllas que dan a la novela un perfil distintivo: amor *vs* odio y temor; espíritu *vs* cuerpo; emotividad *vs* anestesia emocional; luz *vs* oscuridad; cristianismo *vs* satanismo; libertad *vs* opresión; vitalidad bulliciosa *vs* silencio sepulcral; elegancia refinada *vs* rusticidad denigrante; consumo de objetos importados *vs* ausencia de consumo; civilización *vs* barbarie. Esta secuencia de contraposiciones se concreta mediante el aspecto estructural más importante de la narración: la estricta demarcación conflictiva entre *espacios privados y espacios públicos.*

Los espacios privados son la casa de Amalia en Barracas y la "Casa Sola." Son espacios dentro y en torno de los cuales se manifiesta libremente la base fundamental de las opciones señaladas: el amor. Allí Eduardo y Amalia se conocen y aman, Daniel ejerce su misión protectora de "angel de la guardia" para los enamorados y los sirvientes. Pedro, Luisa y Fermín practican su abnegada lealtad a los amos. Estas zonas sagradas de la intimidad y el amor se encuentran casi inermes en medio de la pululación de amenazas que provienen de los espacios públicos, zonas de degradación. Se identifican como domicilios particulares, de Rosas, Lord Mandeville, Slade, Buchet de Martigny, Cándido Rodríguez, Marcelina, incluso el de Daniel Bello; también el palacio y oficinas de gobierno, calles, campamentos militares, conventos, restaurantes. La naturaleza degradada de estos espacios está dada por el hecho de que en ellos no impera ni el amor ni la asociación basada en el amor, sino la transacción de los negocios políticos en una atmósfera de terror que reduce las relaciones humanas a corporalidad rayana en el robotismo y la prostitución. Los hombres son forzados a la acción por la amenaza, la compra y la venta de voluntades. El estudio de esta oposición espacial dentro del amplio contexto socio-económico que enmarca este trabajo revelará sus implicaciones ideológicas.

En la caracterización de los espacios públicos percibimos la concepción echeverriana de lo demoniaco. Según ella, el contubernio Rosas-Iglesia había reducido al ciudadano argentino a cuerpo sin espíritu para así dominarlo. El caudillo y su círculo familiar, excepto su hija Manuela, aparecen dinamizando la política bonaerense y nacional con su egocentrismo satánico que excluye y vicia la posibilidad de la asociación humana basada en el amor cristiano. Mármol desconoce el apoyo popular de que gozara Rosas. Representa a Rosas y a su cuñada María Josefa como degenerados morales que aprisionan a seguidores y enemigos con su voluntad fascinante, en una red de espionaje, delación, ponzoña de las relaciones personales y exacerbación del odio de sirvientes levantiscos contra sus amos. Las autoridades federales y los mazorqueros se reunen en lugares oscuros, sepulcrales por su silencio, parcamente amueblados, vacíos de objetos, aludiéndose con este vacío a una humanidad desmedrada, pues no consume artículos europeos, signos de civilización. Todo el ámbito político denamizado por Rosas, bien sea a título de acción, reacción y contrareación es permeado por el egocentrismo demoníaco, incluso el de Bello porque en sus maniobras políticas olvida la ética cristiana y no trepida en engañar, manipular, aterrorizar, atropellar, forzar, comprar y chantajear a personas simples como Cándido Rodríguez y doña Marcelina.

La concepción satánica en sus diversas modulaciones sirve de justificación ideológica de la debilidad política de las élites romántica, unitaria y de Lavalle. Contra sus esperanzas, el pueblo no se plegó a sus banderas. Peor aún, durante su avance Lavalle tuvo dificultades para suministrarse de vituallas. Por la indisciplina de sus tropas el pillaje fue una práctica común.

Antes que reconocer la impopularidad unitaria por su entrega a los franceses, Mármol prefiere evadir el asunto metaforizando al pueblo como chusma prisionera del mal, sin conciencia moral ni valentía para decidir el camino correcto con uso de razón. La presencia de Manuela Rosas refuerza esta caracterización. Aunque hija del dictador y federalista leal, comparte algunos de los rasgos de la personalidad romántica y unitaria. Tiene la sensibilidad, la finura, la dignidad y la moral necesaria para sentirse asqueada de su medio. El desarrollo de su conciencia la ubica en cercanía a los unitarios y románticos. En general, Mármol sugiere en su obra que los hombres están en diferentes estratos de redención. En la base inferior irrecuperable están Rosas y las masas que lo apoyan; en sentido ascendente por su mayor perfección están Marcelina, Cándido, Manuela Rosas, los unitarios, Pedro, Luisa, Fermín, Eduardo Belgrano, Daniel Bello. Amalia Sáenz es el ápice de la perfección espiritual. Más adelante examinamos el clasismo oculto en ente planteamiento.

El temor paranoico que motiva la caracterización demoníaca de las fuerzas rosistas aporta una dimensión grotesca a la narración. El grotesco ha sido descrito como la visión de una realidad enajenada. El hombre se siente limitado en su capacidad para humanizar su espacio y transformarlo en escenario de los seres amables, del tránsito rutinario y deposito de objetos a la mano. Se ve en peligro de desorientación individual y colectiva. Su residencia es amenazada por la invasión de monstruos, demonios, pervertidos y dementes. A los ojos temerosos los hombres que amenazan pierden categoría de tales. Rosas surge como ser de "instintos animales," (p. 53) "fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia" (p. 57); sus triunfos nunca se deben al genio racional, sino a la fortuna, la coincidencia. Se rodea de entes como Veguía, clérigo que duerme en el suelo "enroscado como boa" (p. 47), "en cuyo conjunto de facciones informes estaban pintadas la degeneración de la inteligencia humana y el sello de la imbecilidad," "uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía" (p. 51). El otro es Corvalán, edecán del caudillo, que con su uniforme de diplomático europeo parece marioneta sin vida. La lealtad del comandante Cuitiño es descrita como "la abyección de la bestia feroz en presencia de su domador" (p. 59), "guillotina humana" (p. 60); Victorica, jefe de la policía, es "aquel demonio de sangre" (p. 61). Todos son " perros de presa," "perros que acarician," sometidos maquinalmente a Rosas porque "esa multitud oscura y prostituida que él había levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, había adquirido desde temprano el hábito de la "obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y a la inteligencia dominatriz cuando se emplean en lisonjearla por una parte y avasallarla por otra" (p. 60).

Como visión enfermiza y distorsionada de la realidad el grotesco es, también, un "curarse en salud." Temer y caricaturizar demoníacamente a

los hombres que coartan la libertad y los privilegios fortalece el ánimo para enfrentarlos cuando la ocasión lo requiere. Para Mármol los que amenazan son los gauchos, los sirvientes, los negros alzados, la pequeña burguesía de ambiciones arribistas, los unitarios tránsfugas que se han sumado a Rosas, la burguesía federalista. Contra ellos se dirige la sátira grotesca para neutralizar imaginariamente los embates contra la supremacía de la burguesía librecambista. Denigrándolos en la imagen histórica que se conserve de ellos esa burguesía busca exorcizar literariamente a aquellos sectores sociales que pudieran desafiarla. Para Mármol el rasgo más amenazador de los seres que pueblan los espacios rosistas es su movilidad social. En la novela Rosas marca la aparición de hombres nuevos en el horizonte social antes copado por familias de rancio abolengo. Llegan para exigir una porción del poder político, social y económico. La ocasión en que esta amenaza se presenta con mayor claridad es el baile del 24 de mayo. Mármol señala con espanto que en el Palacio de Gobierno, antes dominado por "las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política y tan aristocrática en tono y maneras" (p. 165), ahora "se veían con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro cuando se encuentran confundidos en la sociedad a que no pertenecen" (p. 165). En el curso de la celebración la señora N., para diversión de Amalia, describe jocosamente una galería de hombres que habían llegado a ocupar altos cargos y rangos en las milicias rosistas a partir de su condición de ex-mozos de café, pequeños comerciantes, peones de teatro, carniceros y pulperos. En contraste con la finura unitaria, la suavidad rosada de las mejillas de Florencia Dupasquier, hija de francés, y la eterna "palidez de nácar" de Amalia, ambas descritas como "céfiros de amor," esos hombres y mujeres resultan groseros por la atención que se presta a sus características y procesos corporales. Son ridiculizados por sus pies anchos, sus brazos y manos gruesas, por "sudar," por sus apetitos pantagruélicos, por las barbas que exhiben algunas mujeres y por su insaciable fogosidad sexual.[35]

Si los espacios rosistas son los de la carne grosera, los espacios privados son los del espíritu superior al cuerpo. Los espacios de Amalia son descritos como edén de amor habitado por "dos ángeles sin alas," Eduardo y Amalia (p. 251), "adoratorio secreto" (p. 291), y gruta de diosa (p. 488). Se une la imagen cristiana del paraíso perdido por la intrusión de la maldad con la de la gruta del cuento de hadas que cobija a una doncella recluida por un monstruo. La sierpe y los monstruos están alrededor del refugio espiritual, conspirando para violarlo. Centro y razón simbólica de los espacios privados es Amalia. "Amalia, repetimos, no era una mujer sino una diosa" (p. 128). Como tal, la rotundidad material de su cuerpo es escamoteada. La corporeidad de Amalia queda en simple esbozo de sus "ojos entredormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos," la "palidez ligerísima" y el "tenue rosado de su piel." Este

leve bosquejo basta para que Mármol dé habitación espacial a la característica distintiva de la personalidad de Amalia, su espiritualidad trascendental. Por esto su cuerpo se hace "encarnación casi transparente" (p. 129). A la vez irradia y refleja un "resplandor celestial" que sintetiza la vitalidad cósmica que anima la naturaleza, sus pájaros y flores. Sintonizada con estas fuerzas numinosas Amalia adquiere aureola religiosa. No es un ser de este mundo. Su sensibilidad está en constante despegue hacia un platónico "espacio diáfano, azulado" (p. 383) en que los dinamismos sufrientes de la vida son superados: "en el cristal límpido de aquellos ojos, que se entreabrían en medio de un éxtasis del alma, había más de ilusión que de mirada mundanal: mezcla indefinible de abstracción de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está más arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del Cielo" (p. 130). En su espíritu Amalia aspira a un estatismo superior absoluto que no se encuentra en la realidad social, campo conflictivo de intereses materiales. De ahí que conozcamos su cuerpo como mero perfil, bañado por luces que tienden a difuminarlo, rodeado de gasas, tules, batistas, velos celestes y blancos. Su primera presentación narrativa la sorprende en un sueño que parece éxtasis religioso, mientras emite "suspiros aromatizados" en un ambiente perfumado, suave y dulcemente arrullado por el canto de los jilgueros. En fin, Amalia no es una mujer, es una *idea* que se asocia con la argentinidad. Encarna religiosamente la naturaleza de su país y se la proclama "hija del jardín argentino" (p. 129). Se hace eco de Echeverría: "la nacionalidad es sagrada," para él concepto trascendental y eterno.

El trascendentalismo de Amalia apenas oculta simpatías monárquicas. Su reflejo y acceso a estratos de realidad superior de estatismo absoluto están acompañados de una jerarquización afín por su estrictez. Pedro, el ex-soldado del ejército sanmartiniano, es el modelo óptimo de sirviente que obedece con humildad y lealtad fervorosa. Interviene en y es parte del mundo de Amalia en la medida en que demuestra una sumisión religiosa a su patrona. Su obediencia tiene antecedentes en una antigua historia de servicio al padre de la joven. Así el servicio de otras clases a la burguesía glorificada en Amalia es elevado a la categoría de tradición patria. De Pedro se espera el uso de una experiencia y de una valentía absorbida y probada en las batallas libertadoras para la protección de la mujer burguesa que simboliza la nación, aun a riesgo del sacrificio máximo, el de la vida. Con ello la burguesía librecambista se declara heredera legítima de los trabajos de la independencia americana en una esquematización de la historia que no admite intereses válidos o personalidad delineada como individualidad en las clases populares, si es que no se la define de acuerdo con el eje de equilibrio clasista de Mármol.

Expectativas similares se tienen de Fermín, el criado de Daniel Bello. Su personalidad es valorada porque rompe la tipificación gauchesca de las luchas políticas de la época. El gaucho fue proletarizado por los ganaderos

y saladeros bonaerenses que sostuvieron el poder de Rosas. El gaucho apoyó esos intereses y fue soldado para sus ejércitos. Fermín proviene de la estancia del padre de Daniel, personaje federal. Sin embargo, rompe la tipicidad de su sector social para ser individualizado y reconocido en la narración también en la medida en que se demuestre sumiso, leal y ciego servidor de su amo unitario, tránsfuga frente a los intereses federales de su familia. Se valora la servilidad que humildemente acepta su ubicación en la jerarquía social sin cuestionarle, visión de las clases asociada a un monarquismo que se proclama reflejo de la inmutabilidad de un orden divino superior. Las clases populares son denigradas en cuanto aspiran a una movilidad social concordante con el republicanismo. Ya hemos observado que la dinámica de ascenso social es quizás el aspecto mas atacado por Mármol en su concepción de los espacios rosistas. No es de extrañar, por tanto, que en un momento álgido de la narración—la espera de la ballenera para emigrar a Montevideo—, cuando los sentimientos de los personajes se expresan con sinceridad, Amalia declara ser "la señora feudal de aquellos parajes" (p. 463).

No obstante el énfasis en su espiritualidad, la corporeidad de Amalia debe dar testimonio de su materialidad social. En ello se hacen patentes los intereses dependentistas de la clase que representa. Aunque es una abstracción, Amalia debe subsistir como cuerpo. Se la sabe enormemente rica, pero nunca se explica la fuente de esa riqueza. Para ella el dinero parece darse mágicamente, como caudal que no se agota. Tácitamente se apunta a un orden social inmutable con la confianza en que la acumulación burguesa existirá eternamente, así como existe un orden trascendental religioso, estático y absoluto. La riqueza inagotable financia la profusión de objetos finos e importados con que Amalia viste su cuerpo y alhaja su espacio. Mármol se detiene con frecuencia para hacer catálogos de la magnificencia de muebles, terciopelos, paños de cambray, tapices de Italia, agua de Colonia, porcelana francesa y de la India, pebeteros de oro peruano, pastillas de Chile. En bailes y ocasiones especiales la carne de Amalia, escamoteada en aras del espíritu, se convierte en festival del moaré, del gro, de encajes, blondas de Inglaterra y Francia, perlas, zafiros, zapatitos finos y guantes de cabritilla. En su casa se bebe vino de Burdeos, se discute a Voltaire y Rousseau, se leen las *Obras Completas* de Lord Byron. La espiritualidad trascendental de Amalia se concreta materialmente con el consumo de objetos importados, y en esto no hay contradiccion. Es preciso recordar que en la ideología liberal la oposición cuerpo-espíritu es la de la realidad social americana no domeñada todavía por sus intereses económicos. El espíritu es Europa, que se corporiza en América con los productos que distribuye y exporta, con la clase social que es su extension dependentista.

Si nos mantenemos dentro de los marcos románticos observaremos que este espacio privado de la espiritualidad, la argentinidad y el consumo de artículos importados corresponde al esquema ideológico de la *ley del*

ser. Se trata de una metaforización que expande las posibilidades biológicas del argumento. Ese espacio es la potencialidad utópica del "ser argentino" que busca concretarse. Es un óvulo insertado en un ámbito social inapropiado para su desarrollo por la malignidad imperante. Por ello debe ser mantenido en secreto, alejado de miradas y acciones dañinas, con paredes altas y fachada engañosa, como la de la "Casa Sola," que protegen su vitalidad interior. Está allí para sostener la esperanza en el futuro, revigorizar a los paladines heridos, como Belgrano, dar un refugio de amor y mantener viva las emociones humanas en medio de espacios públicos en que ellas han sido anestesiadas. De allí la importancia de Daniel Bello en el relato. Con él se crea la imagen del paladín que protege a la princesa del embate de los monstruos. Para ello despliega la característica principal de la materia viva que tiende a sobrevivir: flexibilidad en su capacidad de adaptación, readaptación, acción y reacción frente a circunstancias históricas en permanente mutación. Bello representa las virtudes políticas más preciadas por la generación romántica en tiempos de represión.

Privada y públicamente, Daniel Bello exhibe todas las manifestaciones de la personalidad guiada por el amor. En privado ellas se dan con la exquisita sensibilidad con que expresa su pasión por Florencia y el cariño y preocupación por el bienestar de Amalia y Eduardo. En público su amor se expresa en la lucha por forjar un sentimiento de asociación para la resistencia contra Rosas. Su flexibilidad le permite demostrar, en ambas áreas, actitudes concordantes con sus circunstancias. En privado se permite mostrar la emocionalidad que diferencia al ser verdaderamente humano de la materia inerte y de los seres maquinales que controla Rosas. En público su sensibilidad se disciplina y endurece para enfrentar las amenazas. Expuesto a los peligros se transforma en un manipulador de máscaras que finge alianzas con personas que desprecia y detesta. Las confunde y malquista entre sí, consciente de su función en el momento: "esta época de comedia universal en que yo hago uno de sus más extraordinarios papeles"(p. 268). Con su subversión transforma la pérdidas unitarias en ventajas para ellos y sus aliados franceses. Su habilidad proviene de su gran racionalismo, talento analítico y objetividad. Al futuros con enorme claridad, sin engañarse por subjetivismos. Prevé los errores estratégicos de Lavalle y sus consecuencias; en sus contactos con unitarios porteños y exiliados diagnostica prontamente su incapacidad de asociación. Es de suponer que. por su racionalismo infalible, ve la luz como para dar la espalda a las lealtades federales de su familia. Ello mismo le permite iluminar a Buchet de Martigny, cónsul francés, en su deficiente comprensión de la realidad política argentina. Su claridad lo lleva a la confianza en la acción francesa, demostrada en el hecho de que el irreprochable Bello sea espía voluntario de Francia. Por ello mismo los ataques se dirigen a Inglaterra, país que a los ojos de Mármol ha traicionado no sólo su misión civilizadora con su apoyo a Rosas, sino también sus obligaciones humanitarias al negar asilo a personas que así se

hubieran salvado. Su representante, Lord Mandeville, es satirizado por la ignorancia de su oficio diplomático, su falta de convicciones, su voluntad débil y entregada a la fascinación de Rosas. Al contrario, la imagen de Estados Unidos cobra prestigio. El cónsul Slade pone en juego su vida por la proteccion de un gran número de asilados. Se reconoce este mérito con admiración un poco irónica ante las maneras sociales desmañadas del norteamericano. Por sus cualidades morales e intelectuales Bello propone un modelo de liderato político malogrado. Su fracaso ocurre por el peso de determinismos fuera de su control, no por errores u omisiones suyas.

La acción política de Bello está sujeta al mismo sentido jerarquizador que discutiéramos en cuanto a Amalia, ley general para el mundo creado por Mármol. Actua con la franca convicción de que "ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre" (p. 268); "Ellos" son todos los que no pertenecen a la burguesía unitario-romántica. Adjudicándose de esta forma la calidad de hombre se justifica cualquier uso de los seres humanos. Los demás son meras bestias. Bello comparte, entonces, el demonismo político que se reprocha a Rosas; no porque Daniel sea maligno, sino por el hecho de ser persona superior en inteligencia, elegancia, clase social y principios. Tal superioridad concede privilegios. Esto cancela en su mente todo límite de sujeción ética cristiana en el trato de personajes que no pertenecen a su círculo. Reduce a la calidad de cosa tanto a los enemigos como a Cándido Rodríguez y doña Marcelina.

La función *literaria* de Cándido y Marcelina en el relato es la de proveer un respiro cómico a la truculencia de las acciones políticas. La comicidad se logra especialmente con la sátira a la retorica neoclásica que ellos verbalizan. En el desprecio de Bello por Cándido, maestro de su niñez, se advierte una crítica generacional por la que los jóvenes románticos señalan la vacuidad e incompetencia de las personas y principios que los formaran inicialmente en el iluminismo. Es claro, por otra parte, que ninguno de estos dos personajes es una amenaza para Bello, a quien consideran protector económico y de la seguridad personal. Por conseguir su ayuda se hacen colaboradores en la conjuración iniciada por el joven. Sin embargo, los nexos de esta relación no están marcados por la cooperación de personas asociadas en la lucha por la protección y el bien común, lo que habría implicado un cierto sentido democrático. Bello los reconoce sólo como figuras risibles por su ridiculez, o como entes inferiores que aterroriza o compra para obligarlos a servirle ante de otorgarles sus favores. Fuerza o convence mañosamente a Candido para que espíe en su provecho en la oficina del ministro Arana y permita el uso de su casa para recibir a Belgrano. Paga a Marcelina para usar su casa como lugar de reunión de los conspiradores. Es interesante observar que Cándido y Marcelina pertenecen a la pequeña burguesía de Buenos Aires tanto como los ex-mozos de café, tenderos y carniceros rosistas, aunque no aspiren a su movilidad social. Por mucho que sirvan a Bello, en la estricta jerarquización

de clases propuesta por Mármol, Cándido y Marcelina no pertenecen a la élite social. No merecen mayor dignificacion, por tanto. La imagen ya negativa de la pequeña burguesía es dañada aún más con las sospechas que se acumulan sobre Marcelina de que vive de la prostitución de sobrinas y protegidas que cobija en su casa. En resumen, dentro de un espacio demoniaco, la pequeña burguesía tiende a la prostitución por la venta de sus servicios al mejor postor.

Una lectura descuidada haría supone que la preocupación de Mármol por representar la amplitud de relaciones sociales de los espacios público y privado provoca una incoherencia por la aparente fragmentación de la acción dramática que las conecta como un todo. Esta impresión primera debe ser reemplazada, luego de comprenderse el diseño metafórico que rige el relato. Conocida ya la contraposición conflictiva entre un espacio privado circundado por espacios públicos que amenazan, se puede observar que el capítulo I de la Primera Parte sugiere al lector que la entrada a Buenos Aires en esa época crítica equivale a una peregrinación por un laberinto demoníaco y desorientador en que pululan monstruos grotescos. Su portal está marcado por la oscuridad, la traición, la violencia y la muerte. Sin embargo, en este laberinto habitan seres cercanos a la divinidad que luchan por que la espiritualidad domine algún día sobre los cuerpos degradados por el demonio. Los seres superiores encuentran refugio y convivencia amorosa en los espacios de Amalia, ocultos en el vientre de una ciudad encanallada. Su supervivencia implica que, a pesar de las determinaciones melodramáticas de la narración, hay una cierta medida de acción libre momentánea.

La maniobra es posible porque existe un hombre, Daniel Bello, "enviado por la Providencia" (p. 17), que posee las claves del laberinto y puede sobrevivir en él, manipulándolas con su talento de prestidigitador. Bello sirve a modo de guía en esta peregrinación, pues conoce tanto la fuente de los peligros como la ubicación del refugio. Por tanto tiene la claridad de visión para dinamizar la accion narrada según los condicionamientos descritos. Funciona a la vez como protector y conspirador, ambas motivaciones de estrecha relación. Con el rescate de Belgrano esa noche de "traición" desencadena las reacciones que fundamentan la estructura de *Amalia*, las vicisitudes de los amantes y la posibilidad de percibir los espacios bonaerenses. Lleva a su amigo a la casa de su prima Amalia, donde Eduardo y la mujer descubren su amor, y emerge el espiritualismo nacionalista elaborado en torno a ella. Por la escapatoria se inicia una búsqueda que coincide con la represión general y creciente creada por la situación política. Dos personajes emergen del espacio demoníaco como amenazas inmediatas de esa represión: María Josefa Ezcurra, cuñada de Rosas, y Mariño, periodista que desea a Amalia. En el discurso narrativo estos sucesos corresponden a la introducción de conflicto, que consta de las Partes Primera y Segunda. Con la introducción quedan delimitadas las zonas espaciales antagónicas en

que hemos basado nuestra interpretacion ideológica de la obra. Con la tensión de los valores en juego se busca la identificación del lector con las fuerzas asociadas con el amor cristiano, dentro de las fáciles opciones ideológicas planteadas por Mármol. Paralelamente se dan los esfuerzos de Bello por organizar el espionaje a través de Cándido y la célula de resistencia en apoyo de Lavalle. El nexo entre ambas acciones esta en que si unitarios y romanticos tuvieran una claridad de decisión en sus actos políticos, las bellas historias de amor de Amalia y Eduardo, Florencia y Daniel, podrían concretarse.

A la introducción sigue un corto desarrollo de conflicto con la Tercera Parte. Eduardo y Amalia gozan su amor en la quinta de Barracas, edén paradisíaco. Allí penetra la ponzoña de Maria Josefa, quien arteramente identifica a Belgrano como el escapado esa noche de "traición." La Mazorca se cierne sobre la casa de Amalia, pero en dos oportunidades Daniel interviene para neutralizarla usando el prestigio ganado entre los federales con su juego de simulación. Este segmento de la accion termina con el reconocimiento de que todos los protagonistas, además de Cándido, identificado por Gaete, han quedado en peligro. El pesimismo se refuerza con el viaje secreto de Bello a Montevideo. Allí descubre un panorama de fragmentación política en el campo unitario, total falta de objetividad en sus líderes e impotencia por parte del francés Buchet de Martigny. La frustración se agudiza ante la existencia de dos posibilidades simultáneas que traerían ventura a los amantes si se solucionaran favorablemente, lo que no parece posible: si la campaña de Lavalle se lanzara directamente contra Buenos Aires los obstáculos terminarían para los protagonistas; al mismo tiempo el dictador cae en una confusión por la amenaza lavallista. De no aprovecharse esta coyuntura y actuar decisivamente, las reacciones animales de Rosas traerían un paroxismo de violencia represiva.

Las Partes Cuarta y Quinta traen el desenlace negativo del conflicto. Por primera vez en el relato Amalia intuye un final funesto. Es aquí donde la espiritualidad de Amalia juega su función melodramática. Representada como ser de riqueza espiritual superior a la vida terrenal, se sugiere que los valores que ella concreta como modos de relación social no pueden sobrevivir en un ámbito satanizado y enloquecido hasta el grotesco. Se nos prepara para el lamento de las potencialidades de amor malogradas. Esto se realiza con una acentuación del contraste entre lo espiritual y lo grotesco. Fuera de la Segunda Parte, en que la distorsión humana de los federales se mostraba en los capítulos dedicados al baile y a la comida oficiales, es en las Partes Cuarta y Quinta, ya marcado el destino de los protagonistas, donde se acumula el mayor número de capítulos de escarnio grotesco y diatriba política. En una rápida enumeración de los sucesos más sobresalientes en este sentido, tenemos las entrevistas del gobernador delegado Felipe Arana con Bello, Mandeville y Vitorica, en las que se subraya su falta de voluntad y maquinalidad; el terror cómico de Cándido, testigo de estos hechos, además de la entrevista del cura Gaete con Arana;

la visita de Cándido a las monjas capuchinas, pobres engañadas que apoyan a Rosas y cocinan dulces para sus autoridades; Cándido y su ridículo intento de emigrar caminando hasta una ballenera francesa que navega en la bahía; la visita de los mazorqueros a Manuela Rosas para ofrendarle sus crímenes en pleitecía; el uso de Bello por Mercedes Ezcurra para celar a su marido; el despertar del cura Gaete de la "pesadilla" fabricada por Bello y Cándido; la transformación de un vaso de leche en sangre a manos de Rosas. Se denuncia el asesinato de Manuel Vicente Maza, presidente de la cámara de representantes, el 27 de junio de 1839; se denosta el apoyo eclesiástico a Rosas; se analiza el "verdadero" significado de la Independencia para asimilarlo al interés unitario; se revelan las listas de ciudadanos espiados por los rosistas; se denuncia el terror de Buenos Aires entregado al populacho, las matanzas y las confiscaciones instigadas por Rosas antes y después de asegurado su poder por el error de Lavalle.

Esta insanía penetra en el refugio de los protagonistas en la "Casa Sola" con el espionaje de Mariño, quien descubre el escondite. Esto, las malas noticias de Montevideo y de Lavalle, junto con el fracaso de la conjuración refuerzan en Bello la idea de emigrar a Montevideo. Florencia y su madre son enviadas allí con la promesa de una pronta reunión con los restantes. Ya autorizado por Rosas el aumento de la represión general, la Mazorca irrumpe en la "Casa Sola." La salvación viene por la inspiración divina de Luisa, quien, durante sus plegarias, es movida a usar la carta-salvoconducto otorgada por Manuela Rosas para protección de Amalia, por quien tiene vivas simpatías. Sin embargo, el fin funesto se avecina. Amalia es quien lo intuye. De vuelta a su casa de Barracas prepara cuidadosamente su ajuar de novia para un matrimonio con Eduardo que no se consumará en la tierra. Por último, la Mazorca viola esa privacidad. Pedro, Belgrano y quizás Daniel mueren en combate. Durante la lucha los jóvenes románticos se coordinan comunicándose en francés. Amor, violencia satánica y muerte se matrimonian en un fin catastrófico que conmueve al lector por la constelación de circunstancias melodramáticas conjuradas contra los amantes.

Decíamos que el impacto del "sangriento drama" busca fijar en la mente del lector una simpatía y un lamento. Los valores representados por los personajes se hacen atractivos y deseables por la emocionalidad que suscitan. Subliminalmente se promueve la aceptación de los intereses socio-económicos encarnados en ellos. En este nivel de lectura acrítica desearíamos que esos amores, y esos intereses, se consumaran. Reaccionamos anímicamente con las fuerzas que lo impidieron. Por nuestra reaccion caemos en las limitadas opciones interpretativas de la realidad que nos ofrece la manipulación artística de Mármol. Su emotividad oscurece los problemas políticos y sociales que, según afirma, trata con objetividad de historiador. El melodramatismo le permite, consciente o inconscientemente, ocultar el clasismo y el servilismo dependentista de unitarios y románticos en la época. Su obra sirve, por ende, como

justificación de esa acción política a los ojos de las generaciones futuras. Los juicios críticos que aceptan esa "objetividad histórica" prueban que los mitos literarios liberales tienen realmente este poder de distorsión. Sin embargo, volviendo a la historia, la crítica literaria puede desmontar esos mitos y anclarlos en la objetividad de las luchas sociales.

Y puesto que así pensamos, retornemos a la obra. Así como el capítulo I de la Primera Parte servia de portal al mundo demoníaco con su título de "Traición," la "Especie de Epílogo" sirve de portico para el egreso de la última imagen que guardamos de Mármol: su clasismo. Desligado en cierto modo de la acción principal, el epílogo se refiere a sus consecuencias. Notemos que la distancia interpuesta en términos de causalidad entre él y el cuerpo de la narración implica una valoración secundaria. Aún más, se hace hincapie en que no es un epílogo rotundo y concluyente, sino una "especie" de epílogo. Mármol no parece tener la certeza de que merezca mayor atención o compromiso. ¿Por qué? Porque desaparecidos los protagonistas el mundo ha perdido significado. Con su muerte se ha ausentado el espíritu, lo europeizante. Ahora la realidad ha quedado abandonada a lo americano, a los cuerpos y a los seres grotescos. Al día siguiente del combate, en casa de Amalia sólo se encuentran los cadáveres de tres mazorqueros y el de Pedro, decapitado. Las diferencias sociales se han extendido a los despojos. Mientras los cadaveres de los amos han sido sacados cauta y respetuosamente, para evitarles la denigración de exhibirse como cosas, el del sirviente continúa allí, un objeto más entre las cómodas, las mesas y roperos saqueados luego por el populacho. Su cabeza, asiento de su espíritu entregado a los amos, ha quedado simbólicamente separada del tronco. Con el fin de los jóvenes ha muerto el amor verdadero. Sólo queda el remedo ridículo de los pequeños burgueses cuando Marcelina le propone su mano a Cándido, lo que éste "rechazó horrorizado." Mármol sugiere que sin la burguesía librecambista como centro de las relaciones sociales, éstas pierden valor, amor y sentido épico.

NOTAS

1 Milciades Peña, *El paraiso terrateniente: federales y unitarios forjan la civilización del cuero* (Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1969), p. 22.

2 La bibliografía más completa sobre José Mármol es de Liliana Giannangeli, *Contribución a la bibliografía de José Mármol* (La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1972).

3 Kessel Schwartz, *A New History of the Spanish American Novel* (Coral Gables, Florida: University of Miami Press, 1972), Vol. I, p. 47. La traducción es nuestra.

4 Orlando Gómez-Gil, *Historia crítica de la literatura hispanoamericana* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1968), p. 329.

5 José Mármol, *Amalia*, Cuarta Edición (Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1969), p. 411. En adelante citamos de esta edición e indicamos número de página junto al texto.

6 Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina: Los proscriptos II* (Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft, 1960), Vol. VI, p. 399.

7 Ver José M. Gallegos Rocafull, *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII* (México: Centro de Estudios Filosóficos, 1951). Es importante llamar la atención sobre esta contradicción en el pensamiento romántico por la decidida actitud antiespañola que adoptaron en su esfuerzo por afirmar un nacionalismo. Es obvio que las denuncias del espíritu colonial todavía existente en América por la herencia escolástica y monárquica no cubren aquellas ideas que justifican una acción imperialista conveniente para los intereses de la burguesía comercial de Buenos Aires.

8 Esteban Echeverría, "Ojeada Retrospectiva." *Dogma socialista* (Buenos Aires: W. M. Jackson, Inc., 1953),pp. 65-66.

9 Rafael Alberto Arrieta, "Vida y Obras de José Mármol." *Poesías completas*. Tomo I, p. XIV.

10 Rojas, *op. cit.*, p. 410, comenta sobre *El Iniciador*, una de las primeras gacetas publicadas en Montevideo por los románticos, luego agrega: "No es todavía el tipo del periódico agresivo que vendrá más tarde, y que, con los panfletos de Mármol y Rivera Indarte, alcanza en la prensa de la expatriación la nota de paroxismo que, después de 1840,los desmanes de la tiranía inspiraron."

11 Arrieta, *op. cit.*, p. XII.

12 Lucian W. Pye, "Personal Identity and Political Ideology." *Psychoanalysis and History*, Bruce Mazlish, ed. p. 158. La traducción es nuestra. En esta misma obra ver Erik H. Erikson, "On the Nature of Psycho-Historical Evidence: In Search of Gandhi." De este autor ver también *Young Martin Luther: A Study in Psychoanalysis and History* (New York: W. W. Norton Co., 1958).

13 Arrieta, *op. cit.*, p. XXXI-XXXII.

14 *Ibid.*, p. XXV.

15 *Ibid.*, p. XXXIV.

16 *Ibid.*, p. XXXIII.

17 *Ibid.*, pp.XV-XVI.

18 *Ibid.*, p. XXVII.

19 Echeverría, *op. cit.*, p. 85.

20 Arrieta, *op. cit.*, p. XXIX.

21 *Ibid.*, p. LXIV.

22 *Ibid.*

23 José Abelardo Ramos, "Derqui y El Drama de Pavón." *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, pp. 146-151.

24 Arrieta, *op. cit.*, p. XLVIII.

25 *Ibid.*, p. L.

26 Adolfo Mitre, 'Prólogo y Notas." *José Mármol, Amalia* (Buenos Aires: Ediciones Estrada, 1944), p. XXXVI-XXXVII.

27 Al usar el término "estilo de funcionamiento" tenemos en mente las investigaciones de la "psicología del ego." En David Shapiro, *Neurotic Styles* (New York: Basic Books, Inc., Publishers, 1965) se postula la existenica de una "configuración organizadora inicial" que regula el desarrollo de la personalidad del individuo de manera identificable a través de una amplitud de actos especificos, modos de pensar y per cibir y modos de experiencia emocional en general. Esta configuración, condicionada por los aspectos biológicos y psíquicos individuales y hereditarios, actúa como sistema defensivo organizador de tensiones internas y externas de la personalidad: "En la medida en que todo estilo representa un sistema organizador de tensiones, se le puede atribuir aspectos de auto-mantenimiento, es decir, la capacidad para organizar tensiones agudas de maneras tolerables; bajo condiciones de especial tensión, estos aspectos de auto-mantenimiento se hacen especialmente visibles." p.

194. La traducción es nuestra. Estas proposiciones son de extraordinaria utilidad para el análisis psico-histórico ya que, al contrario del psicoanálisis ortodoxo, el foco de observación del individuo está centrado en su acción racional más bien que en sus motivaciones instintivas. La posible mediación sociedad-individuo-obra literaria se clarifica así en gran medida con la captación de modelos de acción, percepción y reacción emocional en la vida de un autor que puedan reproducirse en su obra.

28 Arrieta, *op. cit.*, pp. XLVIII-XLXIX; p. LXI.

29 Fredric Jameson, *Marxism and Form*, (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1971), pp. 380-382. La traducción es nuestra.

30 En cuanto a la intervención francesa en la época consultar John Cady, *Foreign Intervention in the Rio de la Plata, 1838-1850*, (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1929) y Gabriel A. Puentes, *La intervención francesa en el Rio de la Plata*, (Buenos Aires: Ediciones Theoria, 1958).

31 Cady, *op. cit.*, p. 86.

32 Puentes cita a Alberdi: "Los franceses—Leblanc, Buchet-Martigny, Roger, etc.—no ocultaban el desprecio que experimentaban por los argentinos y orientales, que sus deseos consistían en lograr determinados fines en favor de sus compatriotas, y que *unitarios, lomos negros* y *colorados* no eran más que instrumentos de su política." p. 174

33 *Amalia*, p. 486

34 "Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario francés dejaba entrever que, según sus instrucciones, ni a la República Oriental ni a las tropas que estaban a las órdenes del general Lavalle había reconocido Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le había proporcionado."

35 "Pero la emigración decía bien alto que los orientales y argentinos tenían derecho a ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestión con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia." *Ibid.*

36 Nos referimos a la febrilidad sexual de Mercedes Ezcurra en el capítulo XI de la Cuarta Parte.